





LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN CHILE

1973 – 1993

Patrick Guillaudat y Pierre Mouterde

Traducción Juan Domingo Silva

2da edición y nuevo prefacio



**TIEMPO
ROBADO**
EDITORAS

Los movimientos sociales en Chile, 1973-1993

© Patrick Guillaudat y Pierre Mouterde

© Traducción: Juan Domingo Silva

Segunda edición revisada - Santiago, Tiempo Robado editoras, 2023

328 pgs.; 14 x 21 cm.

ISBN 978-956-9364-39-6

Primera edición en francés:

Les mouvements sociaux au Chili, 1973-1993, L'Harmattan, París, 1995

Primera edición en castellano:

Los movimientos sociales en Chile, 1973-1993, LOM ediciones, 1998

RPI n° 104.114

Diseño de portada: Ivana Gahona

Diseño y diagramación: Tiempo Robado editoras

ÍNDICE

CHILE, TREINTA AÑOS DESPUÉS:	
EN EL FONDO, ¡LAS MISMAS Y BÁSICAS PREGUNTAS!	7
1. Descifrar la historia de los vencedores	7
2. Las dimensiones internacionales de la represión: la Operación Cóndor	10
3. Desestructuraciones socioeconómicas y crisis política	15
4. De las grandes protestas de 1983-1984 a la insurrección popular y ciudadana de 2019	22
5. ¿Qué lecciones sacar?	31
INTRODUCCIÓN	39
1. Chile, ¿un país modelo?	39
2. Comprender a Chile	49
CAPÍTULO I. EL LEGADO	55
1. Un repaso a la historia	55
2. El tiempo de la radicalización y los efectos de la Revolución cubana	59
CAPÍTULO 2. EL PERIODO NEGRO	93
1. El golpe de Estado	93
2. En nombre de la seguridad nacional	101
3. Aliados decisivos	110
4. La mano de los Estados Unidos	118
5. Políticas económicas de clase	121
6. La implacable represión	129
7. Entre el heroísmo y el mimetismo	134
CAPÍTULO 3. DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN A LA CRISIS	145
1. La personalización del régimen	145
2. La institucionalización de las relaciones laborales	153
3. Una Constitución hecha a la medida	160
4. El lento ascenso de las oposiciones	167
5. El imperio de los financistas	180
6. La gran crisis	186

CAPÍTULO 4. LAS ANGUSTIAS DE LA TRANSICIÓN	195
1. El 11 de mayo de 1983	195
2. La protesta y sus lógicas	198
3. La “bidonvilización” de las clases populares	205
4. Acto 1: el retorno de los partidos (1983-1984)	214
5. Acto 2: los años decisivos (1984-1986)	228
6. Acto 3: en la ruta trazada por la dictadura (1987-1988)	238
7. Acto 4: el desenlace (1988-1989)	247
CAPÍTULO 5. LA DEMOCRACIA BAJO TUTELA	261
1. Una transición muy controlada	261
2. Los primeros pasos	267
3. Los conflictos en ascenso	276
4. Las políticas económicas: ¿libres de toda sospecha?	292
5. La sucesión de Aylwin	298
CONCLUSIÓN	301
1. Resultados de un razonamiento diferente	301
2. Recuperar una visión de futuro	307
BIBLIOGRAFÍA	315

CHILE, TREINTA AÑOS DESPUÉS: EN EL FONDO, ¡LAS MISMAS Y BÁSICAS PREGUNTAS!

1. Descifrar la historia de los vencedores

Fue a principios de la década de 1990, cuando escribimos *Los movimientos sociales en Chile, 1973-1993*, balance de veinte años de historia chilena interpretada a la luz de los intereses y aspiraciones de las clases populares de ese país. Es decir, hace casi treinta años y desde entonces ha corrido mucha agua bajo el puente, lo que podría dar la impresión de que muchos de los análisis que se realizaron en su momento han perdido el interés o la agudeza, por no decir su actualidad, estando a cien leguas de aclararnos sobre los problemas y los desafíos que enfrenta el Chile contemporáneo.

De hecho, cuando se observa la sociedad chilena de hoy en términos sociopolíticos, vemos un país aparentemente muy diferente, que no deja de sorprender. Pensemos en la aparición en estos últimos años de formaciones políticas atípicas (tras la caída del muro de Berlín), como por ejemplo el Frente Amplio o el surgimiento de un poderoso movimiento feminista que juega un papel central en las reivindicaciones empujadas por la sociedad civil chilena. O, más actual aún, pensemos en la cascada de acontecimientos prometedores que han puesto en movimiento a toda la sociedad chilena: desde el estallido social que a partir del 18 de octubre de 2019 vio a millones de chilenos y chilenas salir a las calles y conseguir, después de muchas dificultades, un plebiscito que dio pie a la formación de la Convención Constitucional; hasta la elección como presidente de la República de Chile del joven ex líder estudiantil de izquierda, Gabriel Boric, pasando por la elección de 155 constituyentes, de los cuales cerca de dos tercios estaban situados políticamente a la izquierda. Sin hablar, por supuesto, del plebiscito de salida perdido y destinado, inicialmente, a ratificar el trabajo de los constituyentes, el 4 de septiembre de 2022.

Estos son signos de una innegable voluntad popular, pero también de las dificultades para acabar con esta larga y turbia transición democrática (1990-2019) la cual, tras la salida del dictador y la elección de Patricio Aylwin, se llevó a cabo encabezada por presidentes civiles moderados bajo la estrecha vigilancia de los militares y de sus poderosos aliados económicos. Sin duda, en tres décadas Chile ha cambiado de rostro y los grandes edificios de arquitectura futurista o las autopistas que han transformado Santiago —lo que no dejará de notar el viajero que vuelve al país después de una larga ausencia— son, a su manera, símbolos de los más espectaculares.

Sin embargo, a pesar de estas evidentes transformaciones y de las promesas que se les asocian, Chile se encuentra —es lo que trataremos de demostrar aquí— frente a dilemas de fondo, tropezando con algunas limitaciones de base que dan la impresión de que la historia reciente, más allá de cambios no desdeñables, no cesa de repetirse, de tartamudear alrededor de algunas fracturas subterráneas sobre las cuales vuelve invariablemente a... tropezar. Por lo menos, eso es lo que uno querría afirmar al recordar lo que escribimos en ese momento y optar por mirar las cosas desde la perspectiva de la historia y del largo plazo. De eso se trata esta reedición: no solo recordar de qué se hizo el pasado (para no repetir los posibles errores), sino también y, sobre todo, dotarse de los medios, como decía Walter Benjamin,¹ para descifrar y desmitificar la historia de los vencedores que, tan prontamente, se impuso en Chile; y no para magnificarla o aceptar sus dictados sino, al contrario, para abrirse a la posibilidad de invertir su curso, devolviendo a los vencidos el lugar que les corresponde y que, sin embargo, ese relato no ha cesado, por todos los medios posibles, de ponerlos al margen y olvidar.

¹ Hombre de letras y filósofo, cercano a la escuela de Frankfurt, Walter Benjamin falleció en 1940. Es conocido sobre todo por sus *Tesis sobre el concepto de historia*, en las cuales elabora una nueva concepción de la historia, hoy de gran actualidad, para enfrentar las demasiado optimistas concepciones historicistas de su tiempo, que presentaban la historia como sinónimo de un progreso ineluctable.

Porque a eso precisamente nos consagramos hace treinta años, cuando trabajamos sobre ese tramo de la historia tan decisiva del Chile de los años 1973-1993. Apreciar, en un mismo movimiento, la amplitud de las rupturas y transformaciones sociales, políticas y económicas que se desarrollaron en la época bajo el impacto de la dictadura de seguridad nacional del general Augusto Pinochet; pero, al mismo tiempo, sin omitir nada de los incansables esfuerzos de las clases populares para resistir, oponerse y luego, a partir de las grandes protestas de 1983-1984, crear los medios para acelerar inevitablemente la partida del dictador. Porque los años de Pinochet fueron mucho más que un paréntesis autoritario de casi 17 años. Correspondieron a una auténtica contrarrevolución capitalista que abrió no solo un camino real a las políticas neoliberales contemporáneas, sino también quebró durante mucho tiempo y a través de una implacable represión, al llamado “enemigo interior”; es decir, al conjunto de las y los que habían aspirado a una mayor justicia e igualdad en el seno de la Unidad Popular de Salvador Allende y que seguían oponiéndose, de una u otra manera, a cualquier proyecto de refundación capitalista.

Tratar de explicar la totalidad de tal proyecto, tanto la vasta perspectiva histórica en la que se insertaba como las inevitables luchas de resistencia colectiva que cultivó, no fue en vano, al mantener aún su capacidad de relatar, de resistir el paso del tiempo. En efecto, al optar por no detenerse en tal o cual demanda social en particular o solo en las garantías formales contenidas en las promesas de la transición democrática y, por el contrario, privilegiar los retos socioeconómicos de las luchas populares de la época, fue posible actualizar una trama sociohistórica explicativa particularmente fecunda, capaz de dar cuenta de las angustias de la transición de los años noventa, así como de explicar muchos de los obstáculos institucionales y jurídicos que se han encontrado hasta ahora.

Y, sin duda, es lo que permite a este texto –más allá de las numerosas informaciones históricas que revive– conservar cierta juventud. Como nos han contado, en el momento de las

grandes manifestaciones estudiantiles chilenas de 2011 y luego de agotada la primera edición de este libro, comenzaron a circular fotocopias de sus capítulos más importantes, ya que las informaciones que se encontraban en él permitían alimentar la discusión crítica entre los colectivos de manifestantes y huelguistas en lucha.

2. Las dimensiones internacionales de la represión: la Operación Cóndor

Pero, ello no significa que esta obra no contenga carencias y omisiones que con el tiempo y el descubrimiento de archivos entonces inaccesibles permiten hoy una mejor evaluación. Así ocurre con la Operación Cóndor, de la que no se habla en el texto original y que, sin embargo, ha sido la expresión propia de esta internacionalización de la represión desplegada por los militares del subcontinente. Vale la pena volver a ella un momento, ya que permite medir tanto su amplitud como las complicidades que se enhebraron en la época y que van mucho más allá de lo que se podría imaginar. Nuestro libro había tratado de mostrar –sobre todo a través del análisis del papel de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y luego de la Central Nacional de Informaciones (CNI)– el grado de sofisticación y organización de la represión que sufrió el pueblo chileno durante los años de la dictadura; sin embargo, en ese momento, no disponíamos de elementos concretos que permitieran comprender y, sobre todo, ilustrar el peso de los vínculos internacionales desarrollados entonces. Porque, como hoy se sabe, la Operación Cóndor² es

² Sigue siendo difícil determinar el número exacto de las víctimas de la Operación Cóndor, ya que debe demostrarse la implicación de al menos dos servicios de seguridad en cada caso. Algunos expertos (véase el libro *Operación Cóndor. 40 años después*, del Centro internacional para la Promoción de los Derechos humanos, bajo el auspicio de la UNESCO) proponen una lista de al menos 377 víctimas procedentes de 10 nacionalidades (177 uruguayos, 72 argentinos, 64 chilenos, etc.) y de las cuales, 219 habrían “desaparecido”, 38 habrían sido asesinados, 126 habrían sido objeto de traslados ilegales entre países y 12 niños fueron robados (quienes, después, lograron recuperar su identidad).

el nombre que se le dio a una campaña de asesinatos y acciones antiguerrillas coordinada con el apoyo de los Estados Unidos y llevadas a cabo, entre los años 1975 y 1982, en forma conjunta por los servicios secretos de las dictaduras militares dominantes en América Latina. Su objetivo principal era, a través de una muy estrecha cooperación entre sus servicios secretos, luchar contra el llamado “enemigo interior”, término suficientemente vago para aplicarse a destajo y autorizar todas las arbitrariedades y abusos posibles, así como abatir, torturando y asesinando, a quienes eran el verdadero objetivo: las y los militantes de las clases populares.

La caza a los opositores del general Pinochet no se detuvo en las fronteras de Chile ya que encontró su *alter ego* en los dictadores Jorge Rafael Videla, de Argentina; Juan María Bordaberry, de Uruguay; Ernesto Geisel, de Brasil; Alfredo Stroessner, de Paraguay; y Hugo Banzer, de Bolivia. Bajo sus gobiernos fueron perseguidos con la misma macabra eficacia no solo militantes antidictadura de sus países, sino también familiares de Allende y militantes de la izquierda chilena. Asesinados en Europa, en Argentina, en Estados Unidos, como es el conocido caso del atentado en Washington en contra del exministro de Salvador Allende, Orlando Letelier, y de su asistente Ronni Moffitt, el 21 de septiembre de 1976. Ahora bien, para organizar esas operaciones y gozar de una impunidad casi mundial, era necesario disponer no solo de importantes medios materiales y financieros, sino también de una estrecha cooperación entre los servicios secretos. Las pruebas de esta organización de alto nivel aparecieron por casualidad en diciembre de 1992, tras la caída de la dictadura de Stroessner en Paraguay, una de las más estables del continente, ya que duró de 1954 a 1989. Cerca de 600.000 páginas de archivos fueron descubiertas en una comisaría de ese país por el abogado Martín Almada, quien buscaba su expediente personal como ex preso político y que, gracias a su hallazgo, pudo revelar al mundo entero la existencia de esta operación secreta así como el entramado de las redes de colaboración policial y militar que la habían hecho posible.

Pero, si se mira de cerca, la Operación Cóndor representa solo una parte de la extendida represión que se ejerció contra las y los militantes latinoamericanos de la época. En su libro-investigación publicado en 2004, Marie-Monique Robin³ explica que la tortura, la creación de escuadrones de la muerte, la represión encubierta y las operaciones clandestinas no tenían por único origen a Estados Unidos; también habían sido enseñadas en Argentina desde la década del sesenta, por especialistas franceses que habían adquirido su “experticia” durante la Guerra de Argelia.⁴ En tal sentido, estas colaboraciones oficiosas y de larga data, avaladas por los poderes políticos, deben relacionarse con la cooperación muy oficial que se estableció, por ejemplo, entre el general Pinochet y el presidente francés Valéry Giscard d’Estaing, entre 1974 y 1981, que tuvo como una de sus consecuencias la sustitución del embajador de Francia en Chile, Pierre de Menthon, conocido por haber salvado de las garras de la dictadura a cientos de militantes de la Unidad Popular, ofreciéndoles el asilo en su embajada. Asimismo, el coronel Manuel Contreras, jefe de la DINA, reconoció que en 1978 el servicio de inteligencia francés (la DST) lo mantenía informado “en cuanto un chileno tomaba el avión”, en el marco de la

3 Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*. Traducción de Sergio Di Nucci y Pablo Rodríguez. Buenos Aires, Sudamericana, 2005. Robin también realizó un documental homónimo que, cuando fue proyectado en la Argentina, produjo el efecto de una bomba y permitió la detención y procesamiento de varios generales ante los tribunales.

4 Hay que decir que Francia tuvo un papel central en la elaboración de la idea de “guerra contrainsurgente”, teorizada por los oficiales franceses David Galula, Roger Trinquier y Charles Lacheroy, en los años cincuenta y sesenta, bajo la forma de una lucha anticomunista, que alcanzó la dimensión de una guerra política a escala internacional. Ella fue mejorada y experimentada durante las guerras coloniales llevadas a cabo por el ejército francés, y el nivel de experiencia en la materia era tal que los métodos utilizados en Argelia se enseñaron en Fort Bragg (Estados Unidos) y en el Centro de instrucción de la guerra en la selva amazónica, cerca de Manaus (Brasil), tanto para ayudar a luchar contra el “comunismo” en Vietnam como contra la “subversión” en América Latina.

“Operación Retorno” que organizó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) para el regreso de algunos de sus militantes a Chile. Por su parte, Michel Poniatowsky, entonces ministro del Interior en el gobierno de Giscard d’Estaing, fue recibido en Argentina por la Junta de gobierno y declaró su apoyo al poder militar en los medios locales. Este país se convirtió además, en uno de los ejes de la Operación Cóndor y los generales argentinos se felicitarán de la cooperación francesa en esta trama, ya que a partir de los años cincuenta, oficiales franceses formaban a los oficiales argentinos, tanto en Francia como en Argentina, en “contrainsurgencia”, enseñaban la tortura y las técnicas de infiltración o de desaparición; técnicas que posteriormente se difundirán de forma amplia por todo el subcontinente.

De hecho, tanto la Operación Cóndor como el libro de Marie-Monique Robin revelan la implicación directa de algunas de las grandes democracias occidentales en estas políticas de eliminación física de las y los opositores a las dictaduras. Ya fuera a través de la ayuda directa (con asesores militares o policiales); a través del intercambio de servicios; o a través de la oferta de una formación común, la complicidad institucional es evidente y explica, en gran medida, el hecho de que los crímenes de estos escuadrones de la muerte hayan quedado impunes con demasiada frecuencia, sobre todo cuando se cometieron en países europeos o en Estados Unidos. Cómo olvidar, más allá del lenguaje diplomático de circunstancia, el firme apoyo que el secretario de Estado, Henri Kissinger, dio a Pinochet el 8 de junio de 1976: “En Estados Unidos, como sabe, simpatizamos con lo que está usted intentando hacer aquí. En mi opinión, el Gobierno anterior estaba abocado al comunismo. Le deseo lo mejor”.⁵

En este sentido, es muy esclarecedor el asunto de la detención de Pinochet en Londres el 16 de octubre de 1998. Ilustra muy bien los prejuicios de las democracias occidentales en favor del dictador, además de las dificultades que había en Chile para obligarle a rendir cuentas ante la Justicia. Es también expresión

⁵ Declaraciones textuales que se encuentran en un documento desclasificado citado por diario *El País*, el 28 de febrero de 1999.

de los poderosos cerrojos que no han cesado de sojuzgar la transición democrática chilena. Este episodio transcurre a finales de los años noventa, cuando Pinochet había dejado las riendas del poder político. Por su edad, ya no podía seguir como comandante en jefe del Ejército, pero se mantenía como senador vitalicio y, como tal, aún disponía de innegables protecciones y de una sólida inmunidad. Sin embargo, en un viaje a Gran Bretaña para recibir tratamiento médico fue detenido por la policía británica en cumplimiento de una orden de arresto internacional emitida por el juez español Baltazar Garzón, quien investigaba justamente la Operación Cóndor. Pero, lo más notable fue que, mientras se multiplicaban las pruebas de su implicancia en esta trama, el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle y los partidos de la Concertación —recordemos que se vivía entonces el pleno periodo de transición democrática— solo se pusieron de acuerdo sobre su detención para reclamar su rápida liberación y su regreso a Chile. Por su parte, el gobierno de Tony Blair, argumentando el supuesto estado de salud delicado del dictador y después de 503 días de detención y numerosas argucias jurídicas, finalmente lo devolvió a Chile el 2 de marzo de 2000... en una silla de ruedas. Claro que a su llegada al aeropuerto de Santiago, Pinochet tuvo la desfachatez de levantarse con facilidad y de acercarse a saludar a sus partidarios reunidos para celebrar su regreso.

Dos años más tarde, el 26 de agosto de 2004, la Corte Suprema de Chile levantó su inmunidad por su implicancia en el caso de la Operación Cóndor, pero en junio de 2005, los Tribunales lo liberaron con el argumento de que los recursos presentados por las familias de las víctimas eran inadmisibles, decisión confirmada por la Corte Suprema el 15 de septiembre de 2005. Sin embargo, Pinochet siguió siendo requerido por otros hechos, como la Operación Colombo, en la que se habría intentado encubrir la desaparición de 119 presos políticos desinformando con supuestos enfrentamientos en Argentina y Brasil, en 1975; pero también por el delito de evasión de impuestos y malversación de fondos. Pese a ello, su muerte el 10 de diciembre de 2006 puso fin a esos procesos y permitió a su

familia conservar la mayor parte de los bienes que había adquirido fraudulentamente durante los años de dictadura. Todo indica que los servicios secretos y las policías occidentales, con el aval de sus respectivos gobiernos, encubrieron a los actores clave de la Operación Cóndor, tanto a los ejecutores como a los responsables políticos. Y es, sin duda, una de las razones que permitieron a Pinochet terminar tranquilamente sus días en su casa, de morir en paz, a pesar de todos los crímenes de los que era claramente responsable.⁶

3. Desestructuraciones socioeconómicas y crisis política

Más allá de esta impresionante “internacional de la represión”, hay otra dimensión sobre la cual no insistimos lo suficiente en aquel momento y que puede explicar el curso tan contradictorio y afanoso que tomó, desde entonces, lo que se ha llamado la transición democrática. De hecho, aunque en nuestro libro habíamos puesto bien en relieve los traumas de la represión de masas y los efectos desestructurantes de las políticas neoliberales y dictatoriales, no las combinamos suficientemente con las consecuencias de la crisis política provocada por la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética. Sobre todo, no prestamos suficiente atención a los perjudiciales efectos en cadena que este conjunto de factores económicos, sociales, políticos y culturales acabarían por producir sobre las resistencias populares y el renacer de las fuerzas de izquierda. ¡Con todo

⁶ Véase en comparación con el destino de Pinochet, el que se ha aplicado a Julian Assange. En el primer caso, el inculpado era responsable de haber ordenado asesinatos y “por razones de salud” regresó sin responsabilidad penal a Chile, sin ninguna persecución ni del gobierno británico, ni de los Estados Unidos, a pesar de la desaparición en Chile de ciudadanos estadounidenses. En cambio, Julian Assange, quien ha revelado mentiras y crímenes de Estados Unidos, es perseguido con ahínco por la justicia británica y estadounidense. Es interesante observar que un informe “médico” permitió dejar sin efecto las acciones contra Pinochet en el Reino Unido, mientras que la salud probadamente deteriorada de Assange no es un argumento suficiente... Doble rasero que, sin duda, debe buscarse en los vínculos ideológicos que unían al viejo dictador chileno con los gobiernos occidentales.

lo que para ellas pueden representar estos factores como nuevos desafíos, tanto teóricos como prácticos!

Hasta principios de los años noventa, los habitantes de las poblaciones —el corazón de la lucha contra la dictadura— estaban organizados para su supervivencia en numerosos comités, organizaciones de base y comedores populares que estructuraban la vida colectiva de los barrios; y la militancia política de izquierda, junto con los sacerdotes o religiosas cercanos a la Teología de la Liberación, habían hecho que la solidaridad social y política empapara la vida cotidiana de aquellos lugares más destacados de lucha y resistencia, como fueron, por ejemplo, las poblaciones La Victoria, Yungay, Lo Hermida y muchos barrios populares de la periferia de Santiago, Valparaíso y otras grandes ciudades del país.

Sin embargo, la transición democrática rápidamente puso fin a estas dinámicas solidarias. Por una parte, porque los intereses de las clases populares fueron sacrificados en el altar del consenso nacional multiplicando la decepción ante los compromisos políticos que marcaron las negociaciones que dieron curso a la transición; y por la otra, porque se derrumbaron los colectivos y las organizaciones que dirigían y estructuraban el ambiente social y político de los barrios populares. De esta manera, el hecho de ver alejarse la esperanza de un cambio radical de orden político desembocó, rápidamente, en la búsqueda de soluciones individuales, del “arréglate con tus propias uñas” y, lo peor, la instalación del recurso a la violencia que se expresará, desde entonces, en los barrios populares a través de tráfico de todo tipo y de negocios clandestinos; expresión misma de este “neoliberalismo de los pobres” en el cual —estimuladas por las políticas gubernamentales de desarrollo de microempresas— prevalecerán sobre cualquier otro tipo de relación, relaciones de tipo “empresarial”.

Indicadores empíricos respecto de las transformaciones de la vida cotidiana de los barrios populares chilenos lo muestran rotundamente: desde principios de la década de 1990 y a nivel global, se produjo una serie de nuevos fenómenos que

van a influir mucho en el futuro, en particular, en la dinámica social y política chilena. La caída del Muro de Berlín en 1989 y el derrumbe de la Unión Soviética en 1991 tuvieron enormes e innumerables consecuencias. La principal fue, no solo el fin de la Guerra Fría, sino también y sobre todo el auge de un nuevo modo de regulación de la economía capitalista de libre mercado: el neoliberalismo. Mientras que el Chile del general Pinochet era —ya en 1973— una figura de laboratorio en la materia, con Ronald Reagan en los Estados Unidos (1979) y Margaret Thatcher en el Reino Unido (1979), la aplanadora neoliberal se impuso en países clave del mundo occidental y conquistó el planeta entero. Entonces, no se llegó a calibrar su real alcance, porque esta vez no se trataba de otro de esos cambios de la política económica que se habían conocido en el pasado, como el New Deal en los Estados Unidos, ni la política de industrialización por sustitución de importaciones de la Cepal en América Latina, ni tampoco el Plan Marshall en la Europa de la posguerra.

A este respecto hay que decir que con el potente ascenso del neoliberalismo —combinado con la crisis de las alternativas sociopolíticas antisistémicas (comunista, socialdemócrata y nacional-popular), que siguieron a la implosión de los países socialistas— entramos en una era radicalmente nueva. Y lo que aparecía como un simple cambio del modo de gestión económica (que preconizaba la privatización y la liberalización de la economía y la desregulación de los controles fiscales), en los hechos contenía un plan más amplio de sociedad, con pretensiones totalitarias en la medida que se presentaba como un proyecto globalizador (que trastocaba tanto el papel del libre mercado como el del Estado y la función del individuo en la sociedad); y también, sobre todo, como un proyecto que ya no encontraba rival alguno que pudiera competir seriamente con él. De esta manera, como forma de control neoliberal del capitalismo, se tratará de hacer desaparecer los atributos del Estado keynesiano y de diluir el estatus de ciudadano (propio de una sociedad democrática) en el de simple consumidor de bienes comercializables responsabilizándolo, al mismo tiempo, en

tanto individuo consumidor.⁷ Todo ello, mientras la posibilidad de cualquier otro modelo alternativo de sociedad parece desvanecerse en el horizonte y este modo de regulación se presenta como la culminación de una llamada ciencia “exacta” que ha sacado a la luz leyes presentadas como “naturales”, haciendo que los principios de la economía neoliberal dejen de ser discutibles, se sobreentiendan y se impongan como evidencia.

En el contexto actual, el neoliberalismo ha terminado por tomar la forma de un nuevo fundamentalismo que, en lo esencial, es mucho más peligroso que el fundamentalismo clásico del universo religioso tradicional. Los hombres de gris –de terno y corbata– apóstoles y expertos en economía, recorren el planeta para fomentar y construir el mismo tipo de modelo, desde el Amazonas a la India, pasando por Canadá, el Congo y América Latina, hasta cualquier otro territorio donde los seres humanos tengan la suerte de vivir. Ellos exhiben prestigiosas insignias del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial, o se reivindicán como integrantes de grandes consejos asesores que jamás se equivocan ni nunca rinden cuentas pero que obligan a aplicar las mismas e implacables imposiciones por doquier, cuyas consecuencias funestas no dejan de hacerse sentir para millones de individuos. Finalmente, además de las inevitables y crecientes desigualdades sociales, siempre se llega al mismo resultado: la instalación de un nuevo tipo de Estado cuyos principios trató de imponer, para siempre, la Constitución de 1980 de Augusto Pinochet, redactada por el abogado constitucionalista de extrema derecha, Jaime Guzmán.

Entonces, ¿de qué se trata esto?: de un Estado llamado “subsidiario” (es decir, “secundario”) cuya función es proteger

7 Combinándolos con los efectos de la crisis de los grandes modelos sociopolíticos antisistémicos, recogemos algunos elementos de las tesis de Pierre Dardot y Christian Laval (*La nouvelle raison du monde, essai sur la société néolibérale*, París, La Découverte, 2009), subrayando la existencia de nuevas formas de gobernabilidad centradas en el personaje del individuo emprendedor; al igual que lo que Grégoire Chamayou llama liberalismo ético (*La société ingouvernable, une généalogie du libéralisme autoritaire*, París, La Fabrique, 2018).

—resguardar frente a cualquier crítica— el derecho de propiedad, de comerciar y desarrollar negocios, con el objetivo de mantener una separación infranqueable entre el mundo de la política (tratado como un asunto de expertos o técnicos neutros, necesariamente con altos sueldos⁸) y las aspiraciones sociales de la sociedad civil de a pie. El resultado es que todo gesto ciudadano que aparente poner en cuestión esos principios no se considera como una crítica legítima, sino que se le asocia rápidamente a delincuencia y subversión o, peor aún, a una patología enfermiza; lo que convierte a este nuevo Estado neoliberal en uno de carácter esencialmente represivo en cuyo seno el conflicto social no tiene realmente cabida. Y, en contrapartida, se impone la figura de un Estado gestor que para funcionar necesita profesionales especialistas en el tema político como si fuera cualquier otro oficio. Con esta mirada, se podrá aprender de política de la misma manera que de física o química, sin dudar en confiar su destino a políticos que profesan que el Estado es neutral, que flota por encima de los conflictos y encrucijadas sociales existentes. Incluso en los grandes partidos de izquierda, el Estado ya no es más cuestionable, excepto en temas marginales, y nadie imagina, como fue en la época de la Comuna de París de 1871, que pueda extinguirse o, a lo menos, ser transformado completamente.⁹ A lo sumo, se

8 Los salarios de las y los parlamentarios en Chile se encuentran entre los más altos de América Latina: el equivalente a \$9.349.851 brutos por mes, sin contar todos los gastos incurridos en sus actividades que pueden ser reembolsados (véase <https://www.latercera.com/politica/noticia/cuanto-gananlos-parlamentarios-chile-2/876423/>). De ahí el sentimiento ampliamente compartido de que forman parte de una élite totalmente desconectada de las preocupaciones de la ciudadanía.

9 Sobre este tema, consultar el texto de Friedrich Engels (1891), “Introduction à l’édition allemande” de *La guerre civile en France*: “La Comuna tuvo que reconocer desde el principio que la clase obrera, una vez en el poder, no podía seguir utilizando el antiguo aparato del Estado; para no perder el nuevo el dominio que acababa de conquistar, esta clase obrera debía, por una parte, eliminar el viejo aparato de opresión empleado hasta entonces contra sí misma, pero, por otra parte, tomar garantías contra sus propios mandatarios y funcionarios proclamándolos, en todo momento y sin excepción, revocables [...] Para evitar esta

pueden mejorar algunos engranajes. Después de todo, ¿cómo atreverse a desafiar a un Estado que ha sabido dar la ilusión de neutralidad frente a cualquier conflicto social, que ha conseguido instalar la idea de que las reglas del juego económico ahora son “naturales” y, por consiguiente, intocables?

Sin duda, esto es lo que ha cambiado fundamentalmente: en los años ochenta, el capitalismo neoliberal chileno era percibido ante todo como un simple asunto de política económica. Hoy es mucho más que eso, es una concepción global y coherente del Estado, del individuo y de las relaciones sociales, legitimada por una visión “naturalista” de las leyes económicas. Una concepción que los partidos de la Concertación, coorganizadores con los militares de la transición en Chile, tuvieron sin embargo que interiorizar e integrar rápidamente en todas sus intervenciones políticas. El ejemplo más notable lo podemos encontrar en la manera en que la Concertación resolvió el problema de la prensa escrita y la necesidad, bajo un régimen democrático, de que se pudiera mantener libre, crítica y plural, cuando llegó al

transformación, inevitable en todos los regímenes anteriores, del Estado y de los órganos del Estado, en origen servidores de la sociedad, como dueños de ésta, la Comuna empleó dos medios infalibles. En primer lugar, sometió todas las plazas de la administración, de la justicia y de la enseñanza a la elección de los interesados por sufragio universal y, por supuesto, a la destitución en cualquier momento por esos mismos interesados. Y, en segundo lugar, no retribuyó todos los servicios, desde los más bajos hasta los más altos, sino por el salario que recibían los demás obreros. El trato más alto que pagaba era de 6.000 francos. Así se ponía fin a la caza de plazas y al arribismo, por no hablar de la decisión suplementaria de imponer mandatos imperativos a los delegados a los cuerpos representativos”. Engels señala también, y lo observamos hoy entre los partidos de izquierda, que “la superstición del Estado ha pasado [...] en la conciencia común de la burguesía e incluso en la de muchos obreros. [...] Y ya se cree haber dado un paso de una audacia prodigiosa, cuando se ha liberado de la fe en la monarquía hereditaria y se jura por la república democrática. Pero, en realidad, el Estado no es más que un aparato para oprimir una clase por otra, y esto tanto en la república democrática como en la monarquía” (Karl Marx y Friedrich Engels, *Sur la commune de Paris, textes et controverses*, [prefacio de Stathis Kouvélakis], París, Les éditions sociales, 2021, pp. 227-228).

Gobierno a principios de la década de 1990. Entonces, decidió librar su suerte al mercado capitalista, provocando a muy corto plazo la quiebra de prácticamente todos los medios de comunicación no hegemónicos, los que desaparecieron por falta de subvenciones públicas. Los mismos medios que, en pleno periodo dictatorial, gracias a la lucha, coraje y abnegación de numerosos periodistas habían podido defender las exigencias de un cierto pluralismo, a través de la existencia de revistas o diarios como *Análisis*, *Hoy*, *Apsi* o *La Época*, entre otros.¹⁰

De manera más clásica, se podría también evocar la austeridad presupuestaria o las privatizaciones (especialmente, bienes comunes, como el agua), que se convirtieron, para la Concertación y sus tácitos aliados de derecha, en evidencias intocables, principios intangibles que no era posible transgredir. Y que, cuando no respondían a las reivindicaciones del pueblo chileno, se escudaban en el sempiterno “en la medida de lo posible”... ¡seguido de una implacable represión! ¡Los diferentes movimientos sociales que a partir de 2006 intentaron en vano y repetidamente, hacerse oír ante los líderes de la Concertación, lo saben bien!

Es cierto que esta victoria neoliberal se vio facilitada por las repercusiones sociopolíticas que provocaron la caída del Muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética. Como consecuencia, no solo se derrumbó el estalinismo sino también y, sobre todo, bajo el signo del fin de las utopías en los años noventa, desaparecieron todos los grandes paradigmas

¹⁰ Ver al respecto los comentarios de Jorge Magasich Airola: “En efecto, durante los primeros gobiernos de la Concertación, casi toda la prensa escrita no complaciente desapareció por falta de apoyo público; los gobiernos de la Concertación, incluso, rechazaron el apoyo mediante una distribución justa de la publicidad gubernamental. Esos mismos gobiernos, con el apoyo unánime de la derecha, han pagado millones a equipos de abogados para impedir que Víctor Pey, propietario del diario *Clarín* en 1973, recibiera una indemnización que le habría permitido, como deseaba, reeditar un diario pluralista y progresista” (*Le Chili actuel, gouverner et résister dans une société néolibérale*, París, L’Harmattan, 2016, p. 252).

sociopolíticos de transformación social aún vigentes: comunismo, socialdemocracia y el nacional populismo. Esto impidió una eventual recomposición política de las fuerzas de izquierda y provocó, al mismo tiempo, una tremenda crisis de la representación política y de la propia política. Con su deslegitimación y sus respectivas pérdidas de credibilidad, se cuestionó todo el universo de alternativas políticas de izquierda al capitalismo neoliberal, y se volvieron a poner literalmente sobre la mesa todos sus fundamentos. Por otra parte, a la luz de estos cambios se aceleró la mutación de una fracción de la izquierda latinoamericana en izquierda social-liberal; mientras, otras corrientes del movimiento comunista internacional conocieron destinos contradictorios: marginadas muchas de ellas, otras oscilaron entre una fidelidad más o menos rígida con el pasado (como en Chile y Portugal) y el *aggiornamento* socialdemócrata (como en Italia y España).

Pero, a pesar del singular recorrido de cada una de las corrientes políticas de izquierda que han participado de cerca o de lejos en la Concertación, esta última no ha dejado nunca de asumir el grueso de los dogmas neoliberales, doblegándose a esa visión global del mundo para transformar profundamente a Chile, hasta no verlo más que a través de los ojos de una sociedad de consumidores despolitizados. Y se tuvo que esperar hasta la segunda mitad de los años 2010 y el relanzamiento de las movilizaciones conducidas por una juventud que ya no aceptaba este discurso de renuncia, para que se cuestionara a una escala de masas la legitimidad misma del neoliberalismo y que nacieran nuevas formas de lucha y de preocupaciones reivindicativas.

4. De las grandes protestas de 1983-1984 a la insurrección popular y ciudadana de 2019

Y es aquí donde, quizás, lo que tanto habíamos insistido en *Los movimientos sociales en Chile, 1973-1993*, podría sernos útil: una especie de clave interpretativa siempre fecunda, o más bien una metodología sociopolítica prometedora que puede ayudar a descifrar tanto el pasado como a comprender los

tiempos presentes. Porque esto es lo que nos sorprendió en ese momento: ¿cómo fue posible que las grandes protestas de 1983-1984, que literalmente le habían “tocado la campana” a la dictadura chilena, por la amplitud y la fuerza de las movilizaciones populares que habían protagonizado, no pudieron en 1989-1990 desembocar en otra cosa que un gobierno de la Concertación, dirigido por una Democracia Cristiana que en 1973 había abierto, sin vergüenza, la puerta a los militares?

Ciertamente, para responder tal pregunta todo el mundo evocará de partida las relaciones de fuerza políticas de entonces, la omnipotencia de las Fuerzas Armadas, siempre vigilantes; o, incluso, el papel tan preponderante de Estados Unidos y, por supuesto, la represión de Carabineros, invariablemente cruel y persistente. ¡Y con toda razón! Sin embargo, fueron las movilizaciones populares masivas en el corazón de las poblaciones las que desencadenaron las condiciones de este proceso de cambio y las que pudieron, precisamente, trastornar las relaciones de fuerza sociopolíticas que entonces todos creían institucionalmente inquebrantables, instaladas para siempre. Y fue gracias al coraje de tantas y tantos militantes de los barrios populares, gracias a su rabia y abnegación, a su sentido de organización, compromiso y lucha, y con el alto costo de cerca de 500 muertos, víctimas en ese momento de la represión militar y policial, que en Chile se abrieron las puertas a la democracia y a la libertad.

Por tanto, a través de las decisiones políticas que se toman y de las intervenciones colectivas que de ellas derivan, siempre hay innegables márgenes de maniobra que pueden surgir, innumerables espacios de libertad que pueden abrirse, lo que podríamos llamar “la parte no fatal del porvenir” sobre la cual siempre es posible influir. Por esta razón, en aquel momento, seguimos con tanta atención las opciones políticas que habían asumido las diferentes corrientes de la izquierda chilena. Que se trate, por ejemplo, del Partido Comunista, tan dividido entre su discreto apoyo al Frente Patriótico Manuel Rodríguez y sus alianzas oportunistas con la Democracia Cristiana. O, las del Partido Socialista, dividido en varias corrientes en pugna y

sobre todo ya minado por orientaciones social-liberales cada vez más hegemónicas. O, incluso, las del movimiento sindical chileno en pleno periodo de recomposición pero aún muy obstaculizado por las leyes neoliberales que pesaban –y siguen pesando– sobre el trabajo. Y no dejamos de subrayar la influencia que habrían podido tener, cada uno a su manera, en la continuación de los acontecimientos.

Porque, aunque nunca se puede rehacer la historia, esta se presenta para los humanos que somos, siempre en forma de encrucijada en la cual podemos, en cada momento, elegir una u otra opción. Y ya en esa época era imposible no ver que se estaba construyendo una solución política alternativa a la dictadura, pero en torno a la Democracia Cristiana y sus apoyos estadounidenses; una solución política que se construía desde arriba, permitiendo a los militares seguir gobernando detrás del trono; que amarraba al Estado con el modelo económico neoliberal, aseguraba la impunidad y dejaba de lado todas las aspiraciones de cambio que –desde abajo– clamaban las clases populares y de la cual buscaba hacerse eco una parte de las fuerzas de izquierda, todavía a la defensiva y desorientada, en pleno periodo de recomposición.

¿Cómo habría sido posible evitar esa vía de salida o proponer otra que fuera, en verdad, alternativa? Esa era la gran pregunta que se hacían aquellas y aquellos que persistían en militar en la izquierda, manteniendo en el corazón la herencia emancipadora de la Unidad Popular. Y aunque era necesario poner en la balanza las debilidades de una izquierda desarticulada por la represión y, además, desorientada por los azares de una coyuntura histórica difícil, saltaba a los ojos que existía en el corazón de la sociedad chilena –expresión misma de los conflictos de clases fundamentales– una viva tensión social y política nunca completamente resuelta y que no cesaba de trastornar a la sociedad entera. Una tensión entre la persistencia de fuertes movilizaciones sociales y populares que presionan los equilibrios políticos en vigor, y la capacidad de las clases dominantes chilenas para encontrarles una salida o traducción

institucional, conforme a sus propios y estrechos intereses. Como nunca, esto evidenciaba lo que faltaba: una auténtica y poderosa alternativa sociopolítica, generada desde las clases populares y dispuesta a hacerse plenamente eco de sus intereses y aspiraciones del momento. Como no se pudo o no se tuvo el tiempo para construirla, fue la Democracia Cristiana la que tomó políticamente el liderazgo de la transición, no solo con todas las formidables limitaciones que hemos podido observar desde entonces, sino también internalizando profundamente los valores neoliberales, por los cuales la sociedad chilena hoy paga tan dolorosamente el precio.

Y si nos permitimos volver sobre el pasado es porque pensamos que existen innegables parentescos entre este periodo de los años noventa, abierto por las grandes protestas de 1983-1984, y el que Chile está viviendo hoy, iniciado también por una rebelión popular, el 18 de octubre de 2019.

Sin duda, los hechos más destacados de este último periodo están todavía en la memoria de muchos y el eslogan repetido hasta la saciedad “No son 30 pesos; son 30 años” de abusos con los que hay que terminar, nos recuerda precisamente su sentido profundo. Gracias al aumento en 30 pesos del valor del boleto del Metro decretado por el gobierno neoliberal del presidente Sebastián Piñera, y tras las siguientes manifestaciones de los estudiantes secundarios que fueron violentamente reprimidas por Carabineros, finalmente se reunieron en una misma causa política todos los movimientos sociales que desde 2006 se habían opuesto regularmente, pero por separado, a las políticas neoliberales ejecutadas por la Concertación.

Ya se trate de los movimientos universitarios y secundarios (estos ya se habían hecho escuchar masivamente en 2006, con la “revolución pingüina”, y en 2011, exigiendo el derecho a la educación pública y gratuita), o del movimiento feminista (cuyas manifestaciones con motivo del 8 de marzo no cesaban de aumentar año tras año, denunciando con fuerza las desigualdades hombre/mujer y las discriminaciones que afectan a la disidencia sexual); se trate de los pueblos originarios, en especial

de los movimientos mapuche (que luchan por la recuperación de sus tierras e identidad como nación, y contra las medidas de excepción heredadas de la dictadura) o, también, del movimiento contra las Administradoras de Fondos de Pensiones AFP (que ha animado una persistente demanda y lucha masiva contra el sistema privado de pensiones) y del movimiento ecologista, entonces, en pleno auge; todos comparten en esta ocasión —empoderados pese a sus dificultades y fracasos pasados— una causa común política, movilizándolo en su impulso a millones de chilenas y chilenos exasperados, hasta dar cuerpo a un levantamiento popular y ciudadano inesperado, el “estallido social” del 18 de octubre de 2019. Una seguidilla de manifestaciones callejeras gigantescas y cacerolazos se produjeron en todo el país; en los primeros días, en Santiago hubo incendios de estaciones del Metro (cuyos autores aún se desconocen), saqueos y destrucciones de tiendas del comercio y reparticiones públicas. La reacción del gobierno del presidente Piñera fue el recurso al estado de emergencia en la capital y su extensión paulatina a otras ciudades (23 de octubre) con un discurso que justificaba la represión.¹¹ Sin embargo, ello no pudo impedir que el 25 de octubre se realizara la mayor manifestación pacífica registrada en la historia de Chile: un millón y medio de personas marcharon por las calles de Santiago y otros cientos de miles en el resto del país, con un amplio pliego de demandas que reflejaban la amplitud del descontento y la crisis de credibilidad en las autoridades. Fue un verdadero balde de agua fría para la élite política. Pero, a pesar de la represión violenta, el decreto de toque de queda y el despliegue de las Fuerzas Armadas junto con las policías, la movilización callejera continuó, con acciones de protesta y desmanes. Ese fue el punto de partida de una espiral de

¹¹ “Estamos en guerra contra un enemigo implacable”, declaró en esa ocasión Piñera, señalando que el objetivo del estado de emergencia era “recuperar la normalidad institucional”.

violencia represiva que, en las primeras semanas, ya había causado 18 muertos, 269 heridos y más de 1.900 detenidos.¹²

¿Cómo se pudo llegar a este punto?

Fue así que la anunciada alza del precio del boleto de Metro se convirtió en la gota que rebalsó el vaso, el detonador que reveló la extensión de las frustraciones colectivas vividas desde, a lo menos, tres décadas por amplios sectores de la población chilena. Porque, después de la salida del general Pinochet de la Presidencia en 1990 y el establecimiento de la transición democrática, se abrieron profundas desigualdades sociales en Chile, contribuyendo a convertir al país en el más desigual de la OCDE.¹³ Y se instaló un régimen en el cual, para el beneficio

¹² Véanse las cifras que daban cuenta, un año más tarde, de la magnitud de una represión que no había cesado. Ellas corresponden al *Informe de la Misión de Observación de los Derechos Humanos de Quebec y Canadá* que visitó Chile entre el 18 y el 27 de enero de 2020. Nos hemos basado en sus datos y en muchos de los análisis e informaciones estadísticas que se encuentran allí, las que han tratado de hacerse eco de las permanentes preocupaciones y aspiraciones de las organizaciones chilenas de defensa de los derechos humanos. Al 3 de febrero de 2020, se contabilizaban 31 personas muertas y 3.748 heridas, de las cuales 2.141 lo habían sido por disparos de la policía y 427 habían sufrido algún tipo de lesión ocular. También, según este Informe, se registró un total de 9.545 personas arrestadas, incluyendo una gran cantidad de detenciones arbitrarias de personas que se manifestaban pacíficamente o se encontraban cerca de los lugares de las manifestaciones, aunque muchas organizaciones independientes de derechos humanos en Chile estiman que el número de detenciones supera las 20.000 personas. Además, se constataron una serie de violaciones a los derechos humanos de las y los detenidos en las comisarías, con 886 casos de uso excesivo de la fuerza, 192 casos de violencia sexual (de los cuales 179 corresponden a desnudamientos) y 463 casos de tratos crueles, inhumanos o degradantes. Por último, se recuerda que, sobre la base de las observaciones realizadas y de las denuncias recibidas, se presentaron ante los tribunales 1.215 autos de procesamiento (recursos de amparo) en favor de 1.527 víctimas.

¹³ Según las cifras de la Cepal, citadas también en el Informe de la Misión de Observación de los Derechos Humanos de Quebec y Canadá, en 2017 el 50% de los hogares más pobres accedían al 2,1% de la riqueza neta del país, mientras que el 1% más rico al 26,5%. Eso significa que en promedio, el 50% de los pobres (un hogar sobre dos) es 631 veces menos

de los más ricos, los sistemas de salud, educación, de pensiones y de gestión del agua terminaron, si no completamente, al menos en gran medida, privatizados, objetos de lucro y enriquecimiento desmesurados. Veamos el caso del agua (ríos y vertientes), convertida en un recurso que se puede vender, subastar y monopolizar para el simple beneficio privado. O, dejar la salud y la educación públicas sin recursos y mantener un sistema de pensiones sostenido en la capitalización individual, sistema netamente injusto, que ofrece una pensión miserable a la inmensa mayoría de las personas mayores de 65 años.¹⁴ Y todo esto garantizado –hay que destacar– por una Constitución instalada en 1980 por la dictadura de Pinochet, y de la cual ninguno de sus principios esenciales se había podido modificar, después de cinco gobiernos cuyo eje era casi el mismo de la Concertación. Lo que mantuvo, como lo hemos señalado anteriormente, la existencia de un estado subsidiario y, en consecuencia, autoritario, cavando un foso infranqueable entre la clase política y la sociedad civil. Esto dejaba a la sociedad entera a merced de una serie de cerrojos constitucionales antidemocráticos muy eficaces, en especial mediante el recurso de un sistema de votación que exige los dos tercios para

rico que el 1% de los más privilegiados. Da vértigo solo pensar en la profundidad de estas desigualdades. En Chile, al 18 de octubre de 2019, el salario mínimo mensual alcanzaba los 301.000 pesos; las pensiones de vejez de las personas mayores de 65 años (para más de la mitad de ellas es su único ingreso) correspondía a poco más de un tercio de ese salario mínimo: 110.201 pesos. Según la Fundación Sol, 3 de 4 trabajadores ganan menos de 500.000 pesos al mes y el 54,3% de ellos, gana menos de 350.000 pesos mensuales. En el caso de las mujeres, 50% de ellas ganan menos de 300.000 pesos al mes. Lo que quiere decir que 6 personas sobre 10, que trabajan a tiempo completo, no alcanzan a ganar un salario que les permita superar el umbral de la pobreza para una familia de 4 personas (418.228 pesos en diciembre de 2017). Ver *El Desconcierto*, 1 de mayo de 2019 (<https://www.eldesconcierto.cl/2019/05/01/6-de-cada-10-personas-que-trabajan-jornada-completa-en-chile-no-podrian-sacar-a-una-familia-promedio-de-la-pobreza>).

¹⁴ Cabe señalar que los regímenes de pensiones de las Fuerzas Armadas y de Carabineros no fueron incorporados al sistema de AFP y disponen de ingresos específicos mucho más ventajosos.

reformar la Constitución, entregando *de facto* un derecho de veto a las fuerzas conservadoras de la derecha.

Justamente, es a través de este conjunto de cerrojos que muchas de las demandas sociales de los últimos treinta años se pudieron postergar sistemáticamente hasta las calendas griegas. De ahí que la Constitución se haya convertido, en dicha coyuntura, en una cuestión política clave, para todas y todos. De ahí también que, en medio de una protesta social que hervía, se haya logrado un mes más tarde, el 15 de noviembre de 2019, un compromiso político fuertemente discutido en el seno de una clase política muy deslegitimada.¹⁵ Por esto mismo fue posible la aprobación y firma, a puertas cerradas, de un “Acuerdo por la Paz Social y la nueva Constitución” entre el Gobierno y las fuerzas políticas de derecha y de izquierda, abriendo el camino, no a una Asamblea Constituyente, sino a una Convención Constitucional, cuya elección y prerrogativas estaban sujetas a una serie de salvaguardas, que permitieron a la derecha imaginar que el proceso quedaría lo suficientemente restringido como para no cuestionarlo después por ser demasiado radical. De ahí también que en contrapartida, muchos llegaron a pensar, en particular los representantes de los movimientos sociales más activos, que la derecha había logrado, una vez más, bloquear cualquier cambio sustancial.

Lo que sigue es conocido y, aunque pueden diferir fuertemente las interpretaciones al respecto, sacó a la luz un elemento indiscutible: en Chile estaba soplando, repentinamente despertado por el estallido social de octubre de 2019, un viento de cambio constitucional, aunque frágil y con múltiples tensiones, para nada desdeñable. Fue así como el 25 de octubre de 2020, se votó mayoritariamente por la celebración de una Convención

¹⁵ Las encuestas realizadas a finales de 2019 y principios de 2020 confirman este dato que, si bien afecta en primer lugar al entonces presidente Piñera (solo un 6% de apoyo), también señalaba a los representantes de la izquierda: Camila Vallejo (del Partido Comunista, 13% de apoyo); Gabriel Boric (del Frente Amplio, 19% de apoyo). Ver *La Tercera*, 17 de enero de 2020.

Constitucional conformada por 155 constituyentes (elegidos de manera paritaria los días 15 y 16 de mayo de 2021), de los cuales, más de dos tercios se ubicaba en posiciones marcadamente a la izquierda.¹⁶ Paralelamente a la victoria del candidato de izquierda Gabriel Boric en las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 2022 (después de una dura lucha con el representante de extrema derecha José Antonio Kast¹⁷), estos constituyentes lograron elaborar un proyecto de constitución totalmente diferente de la anterior: institucionalizaron la paridad hombre/mujer, reconocieron el derecho al aborto, formalizaron el retorno del estado social (gratuidad de la salud y la educación), así como el principio de la plurinacionalidad e incluso, el de la autonomía de las regiones, integrando asimismo claras preocupaciones ecológicas e importantes mecanismos de democracia participativa. ¡Se llegó a atisbar la promesa de una revolución constitucional indiscutible! En suma, hasta la clara victoria de la opción “Rechazo” a esta propuesta constitucional el 4 de septiembre de 2022, todo daba a entender que el pueblo chileno estaba dando un verdadero salto adelante. Hasta se pudo pensar que sería como lo había pronosticado Salvador Allende, de nuevo y en libertad, abriendo las grandes alamedas de la historia.

Ahora bien, el paralelo histórico que hemos intentado trazar entre el periodo de transición de los años noventa y el de hoy, tiene precisamente la virtud de ayudarnos a ser más lúcidos y prudentes en la materia. Partiendo por comprender mejor algunas de las limitaciones de este proceso y, en particular, aquellas relativas al fracaso aplastante en el plebiscito de salida. Y esto, sobre todo si recordamos las transformaciones tan

¹⁶ Fueron elegidos 78 hombres y 77 mujeres; entre ellos, se dispuso de 17 escaños reservados para los pueblos originarios: (7 para el pueblo mapuche, 2 para el pueblo aimara y uno para cada uno de los otros pueblos (kawésqar, rapanui, yagán, quechua, atacameño, diaguaita, colla y chango).

¹⁷ En la segunda vuelta de las elecciones presidenciales celebrada el 19 de diciembre de 2021, Gabriel Boric fue elegido con el 55,8% de los votos, contra el candidato de extrema derecha José Antonio Kast, quien en la primera vuelta había obtenido el 27,9% de los votos, contra el 25,8% de Boric.

perniciosas que Chile vivió bajo el dominio del neoliberalismo durante los años noventa, reforzando así el poder de las fuerzas económicas de derecha y, con ello, el amplio consenso ideológico alrededor del cual este se arraigó.

5. ¿Qué lecciones sacar?

Es cierto que de la misma manera que las grandes protestas habían reanimado las dinámicas de la lucha política en el corazón de la dictadura de los años ochenta, la rebelión de 2019 forzó a toda la clase política chilena a no contentarse fácilmente con los postulados del orden neoliberal, tal como fueron implantados por Pinochet e interiorizados (y naturalizados) por los representantes de la Concertación.

Pero si, al igual que durante la transición de los noventa, esta rebelión llegó a empujar a la clase política, obligándola a poner en marcha importantes proyectos de reforma constitucional, solo lo consiguió dejando en suspenso, en segundo plano podría decirse, la cuestión de las relaciones de fuerza socioeconómicas realmente existentes entre las clases sociales, así como la del modelo económico capitalista y neoliberal, más arraigado que nunca en la sociedad chilena.

En suma, seguían inalteradas las dinámicas sociopolíticas de fondo a través de las cuales la derecha económica y financiera chilena disponía del apoyo siempre presente de las Fuerzas Armadas y del control de sectores enteros de la economía, al igual que del monopolio de un espacio neurálgico en periodo electoral, los mayores medios de comunicación. Mientras que al frente, la izquierda seguía dispersa, aunque estimulada, despertada por el impulso del estallido social de 2019 y de sus promesas, pero al mismo tiempo, sin una clara brújula o timón político; dividida entre su lealtad a un puñado de representantes políticos y parlamentarios siempre sospechosos y con poca legitimidad, y los movimientos sociales muy dinámicos, pero profundamente fragmentados. Los unos y los otros divergiendo profundamente sobre el camino a seguir y las formas de hacerlo. Ahora bien, cuando se arremete con todo, como quiso hacer la mayoría de

los constituyentes, contra un orden constitucional como el de Pinochet, no se puede sino hacer resurgir importantes desafíos políticos con todos los conflictos implacables que la derecha no dejará de reavivar al respecto.

Ahora bien, es claro que hay un enorme margen entre los principios contenidos en una nueva constitución y su efectiva aplicación, como ha quedado demostrado en situaciones políticas mucho más favorables, como las que se vivieron en Venezuela, Ecuador y Bolivia a principios de los años 2000, cuando nuevas constituciones más democráticas y progresistas fueron aceptadas por amplias mayorías. En Venezuela, Ecuador y Bolivia, los avances constitucionales más notables de los últimos años (en especial, respecto de la democracia participativa, del reconocimiento de los territorios indígenas, de la valorización del “buen vivir” o de la plurinacionalidad) fueron sometidos, posteriormente, a principios constitucionales “superiores” que atenuaron radicalmente su alcance o simplemente los ignoraron. Y todo ello, siempre en nombre de intereses económicos superiores, incluso de poderes soberanos del Estado no negociables. Lo que evidencia el abismo existente entre grandes y nobles principios jurídicos y las realidades concretas, así como la dificultad para aplicar tales principios en el marco de una sociedad “neoliberalizada” si no existe una movilización social y popular permanente que vele y garantice su efectiva realización.

Así, podemos apreciar que cuando se afecta el orden neoliberal los desafíos que se presentan son inmensos y el camino para superarlos muy estrecho. Porque, lo que cuestionó la rebelión de octubre de 2019 fue un sistema global; es decir, no solo un modo de gestión de la economía capitalista, sino también y de manera más amplia, una concepción autoritaria del Estado y de los vínculos sociales que se pretende tejer entre individuos (cuya responsabilidad individual está sobredimensionada) y, con ello, eliminar *a priori* todo cuestionamiento al sistema en su conjunto, así como reducir los espacios democráticos existentes. Por lo demás, esto explica la impresión que muchos tuvieron la noche del 4 de septiembre de 2022: la de un país profundamente

fracturado en dos; dividido entre las aspiraciones de una izquierda estimulada, por su juventud, a volver a activarse *versus* las voluntades revanchistas de una derecha más poderosa que nunca y dispuesta a todas las mentiras para defender sus privilegios. Es también lo que explica, junto con los trastornos impuestos por los dictados del libre mercado, el surgimiento en Chile de una serie de nuevos y apremiantes problemas particularmente preocupantes: desde la instalación de poderosos grupos mafiosos en el país, cuya incursión en el sur de Chile complica la cuestión de la autonomía para al pueblo mapuche; hasta el uso desbocado e incontrolado del extractivismo minero que choca con las consecuencias dramáticas del estrés hídrico producido por el cambio climático; pasando por las dificultades de gestionar una acogida democrática a los flujos migratorios estimulados por el espejismo del modelo de mercado y la “continentalización” neoliberal de la economía latinoamericana.

Por supuesto, la alianza de fuerzas plurales de izquierda a través de la cual Gabriel Boric llegó al gobierno luego de las elecciones presidenciales de 2021, no puede compararse *stricto sensu* con la Concertación de los años noventa. Si bien, este conglomerado está más inclinado a la izquierda y es más sensible a las exigencias democráticas así como frente a las opresiones plurales (de género, étnicas, de clases, etc.), también está más atento a las dimensiones existenciales que estas opresiones implican en la vida cotidiana de las personas. Sin embargo, no por ello deja de estar profundamente marcado por un enfoque socialdemócrata clásico, con todo lo que ello puede implicar de prudencias, concesiones y orientaciones políticas claramente reformistas, en particular en lo que respecta al modelo económico.¹⁸ En esto, no le resultará muy difícil sumarse a la estrategia

¹⁸ Esto se confirma con el nombramiento por el presidente Gabriel Boric, de Mario Marcel Cullell como ministro de Hacienda. Marcel fue director de Presupuesto durante los gobiernos de Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Ricardo Lagos; posteriormente, Michelle Bachelet lo nombró presidente del Banco Central de Chile y luego, Sebastián Piñera (quien había aprobado su gestión anterior) lo confirmó en el cargo.

de institucionalización de los conflictos, de atenuación de las tensiones sociales de fondo, de la que hemos hablado anteriormente. Estrategia de institucionalización de la cual el acuerdo del 15 de noviembre de 2019 –refrendado a lo largo del tiempo por todas y todos– podría ser el ejemplo por excelencia; y, a la inversa, el rechazo del proyecto de constitución en el plebiscito de salida del 4 de septiembre de 2022, podría acelerar su implementación final. Y, aunque la mayoría de los miembros del primer gobierno de Gabriel Boric provenían de las luchas estudiantiles de 2011 y ofrecían una imagen de juventud y energía estimulante así como una innegable voluntad de cambio, después de la derrota del 4 de septiembre, al deshacerse de algunas de sus figuras más destacadas y sustituirlas por personajes mucho más moderados, el actual presidente de Chile corre el riesgo de avalar –sea por convicción o no– una vía como esta.

Y esto se complejiza más cuando en la otra vereda, los movimientos sociales en lucha desde años y las fuerzas radicales de izquierda asociadas a ellos (anarquistas de diversas obediencias, exmiristas, exfrentistas, militantes mapuches autonomistas, militantes feministas de diferentes corrientes, etc.), si bien han desempeñado un papel central en la denuncia del neoliberalismo y de la represión llevada a cabo sin discriminación por Carabineros (junto con la denuncia de impunidad en que esta ha ido quedando) y aunque han sido el motor de los cambios en curso, no disponen de una estrategia política alternativa y global que pueda paliar las insuficiencias y ambigüedades de las perspectivas institucionales, adelantadas por los partidos actualmente en el gobierno.

Porque innegablemente, eso es lo que ha cambiado. Es lo que hoy da un rostro tan abigarrado y disperso a la protesta de las fuerzas de izquierda chilenas. Como en todas partes, estas se expresan de un modo extremadamente fragmentado y, peor aún, están fracturadas transversalmente por el hecho de que en su seno se ha interiorizado como nunca la ruptura –nacida de los años neoliberales– entre luchas sociales y luchas políticas. El resultado es que las oposiciones de izquierda se expresan, a partir de ahora,

recogiendo una multitud de demandas y luchas diversas (como son las reivindicaciones feministas, sociales, ecologistas, anti-racistas, descolonizadoras, etc.), pero siempre acompañadas de una fuerte desconfianza frente a cualquier fuerza política plural que pretenda representarlos e inscribirlos en un proyecto de transformación más amplio. ¿La acción política, hoy en día, no aparece como objeto de una gran desconfianza, colmada *a priori* de todos los vicios, en general sospechosa —y no sin razones— de corrupción, manipulación y arbitrariedad?

Como prueba de estas fricciones y malestares, una desconfianza palpable que se vio emerger tanto en la derecha como entre los miembros del Frente Amplio y los diferentes movimientos sociales que estuvieron en el corazón de la rebelión de 2019. Incluso, en torno al nombre mismo de Gabriel Boric —exdiputado del Frente Amplio— directamente asociado a un acuerdo interpretado por muchos militantes del movimiento, como hecho a la medida de la derecha y que indirectamente habría legitimado algunas formas de represión que se abatieron contra los manifestantes del estallido.¹⁹

He aquí, más allá de los innegables avances y victorias adquiridas (a este respecto, se puede pensar en la formidable oleada de aire vivificante y contestatario que ha representado el movimiento feminista para Chile), uno de los puntos ciegos de esta rebelión popular y de las fuerzas sociales y políticas que la animaron. Porque, ninguna de las brechas que se han abierto podrá dejar de ampliarse y perdurar en el tiempo si no se ataca, también y al mismo tiempo, al sistema que no deja de reforzar todas sus dimensiones: el capitalismo neoliberal.

Sin embargo, aunque los movimientos sociales desde sus propias preocupaciones y las luchas específicas que llevan a cabo, puedan señalar con mucha fuerza, si no las traiciones al menos las posibles complicidades de los miembros de la clase política

¹⁹ El tema de los presos políticos del estallido sigue siendo un verdadero símbolo, ya que, mientras algunos manifestantes de ese episodio siguen en prisión preventiva, el Ejecutivo no ha querido avanzar con una amnistía general.

que participan en la perpetuación de un sistema marcado por el signo dictatorial, igual se encuentran –hay que subrayarlo aquí– incapaces de proponer un proyecto político alternativo que incline la balanza.

Ahora bien, del mismo modo que a las grandes protestas de los años ochenta les faltó una salida política que estuviera verdaderamente en sintonía con las aspiraciones más profundas de las clases populares, no existe actualmente en Chile un proyecto político de izquierda en el que pueda reconocerse el conjunto de las clases populares y sus fuerzas vivas. Un proyecto que, alrededor de una lucha intransigente contra el capitalismo neoliberal y sus efectos nocivos, sea capaz no solo de acabar con la separación clase política/movimientos sociales, sino también de reunir y coordinar, en el seno de una misma estrategia de intervención pensada a mediano y largo plazo, el mosaico de aspiraciones tan diversas de las cuales sería eco: sociales, feministas, ecologistas, antirracistas, descolonizadoras, etc.

Es en este contexto que se puede entender el alcance del triunfo de la opción Rechazo del 4 de septiembre de 2022. Porque, si en los primeros meses de la presidencia de Gabriel Boric nada parece estar en juego definitivamente, pues el impulso del 18 de octubre de 2019 sigue vivo, lo cierto es que este fracaso en el *referéndum* refuerza aún más la posibilidad de otra etapa de recuperación institucional, permitiendo a las clases dominantes –como lo han hecho tantas veces en la historia– salvar su apuesta, bloqueando toda transformación sustancial del modelo capitalista y neoliberal.

Sin duda, en el momento que escribimos estas líneas y considerando que en todas partes de América Latina no cesan de confrontarse duramente, una y mil veces, fuerzas de derecha y fuerzas de izquierda, sería muy presuntuoso pretender prever lo que sucederá en Chile en los próximos meses. En alguna parte sigue siendo posible, tanto una caótica recuperación constitucional en todos los aspectos conforme a los intereses de las clases dominantes, como el retorno forzado –bajo la presión de un nuevo ciclo de movilizaciones– de la elección de una nueva

“Constituyente popular”, tal como las y los manifestantes lo pedían en la calle el 11 de septiembre de 2022.

Quizás así se pueda vislumbrar mejor, a contraluz, otra Historia (¡una escrita con una gran H!) que falta por realizar: la de las clases populares y de todos los y las olvidadas y sin voz que representan, y de cuyas luchas, feministas, ecologistas, antirracistas, sindicales, descolonizadoras, por los derechos humanos, hoy son un innegable eco. Luchas en relación directa con las de aquellas generaciones de las y los militantes de la época de la Unidad Popular de Salvador Allende, quienes buscaban hacerse oír, en pie de igualdad, hasta convertirse finalmente en los verdaderos protagonistas de su historia.

Al estilo de Walter Benjamin, es de esta manera que podríamos concluir aquí. Porque esta es la utilidad intrínseca de una vuelta al pasado, como hemos tratado de hacerlo: mostrar lo que, a pesar y contra todo, no se ha solucionado en términos de igualdad y justicia, de impunidad; esto sobre lo que sigue balbuceando la historia, las mil y una contradicciones que siguen atormentándola y contra las cuales las generaciones de antaño no han dejado nunca de levantarse. Porque ¿no son ellas las que hoy, desde las profundidades del pasado, se dirigen a nosotros y nosotras, las y los sobrevivientes de los tiempos presentes, para que cambiemos definitivamente su curso?

París/Quebec
 Patrick Guillaudat, Pierre Mouterde
 11 de septiembre de 2022



INTRODUCCIÓN

*Lo terrible
Lo terrible de verdad
Es que te venza el miedo
Lo terrible es que no entiendas
Que el precio de la libertad
No es nada
Al lado de la opresión
Lo terrible es no luchar
Por tu dignidad
Lo terrible es ser como un gusano
Que se deja aplastar
Lo terrible es la indiferencia
Lo terrible es vivir sólo para uno
Lo terrible es no tener esperanza
Lo terrible es no soñar.
Oscar Fuentes F.¹*

1. Chile, ¿un país modelo?

Si existe en el mundo una categoría de países símbolo,² de países que, sobre la base de datos reales, se han convertido en catalizadores del imaginario y de la ideología, provocando apasionadas tomas de posición, no cabe duda que en tal caso Chile es uno de ellos.

¿Cuántas historias, cuántas leyendas³ no han sido escritas a su alrededor? ¿Cuántos mitos no se han tejido sobre este tema,

¹ Estudiante universitario de 19 años abatido de un tiro en la espalda en Santiago, el 9 de abril de 1988.

² De este tipo de países hay otros ejemplos. Recordemos Francia y su revolución de 1789. Como vimos, en torno a su bicentenario en 1989, se reanudaron fuertes debates y tomas de posición ideológica de renovada importancia.

³ Entre otras, pensemos en la muerte de Víctor Jara, que provocó gran escándalo en esa época y que sirvió de base para una canción de Julos Beaucarne (*Carta a Kissinger*) quién acabó por popularizarla, en especial en Europa.

especialmente en los últimos veinte años? ¿Cuántos relatos no se han dejado llevar por la imaginación, los sueños y las pesadillas? Chile, símbolo de la esperanza, símbolo de la represión, símbolo de la resistencia, símbolo de una cierta época; para los chilenos no hay duda, pero también para los latinoamericanos y, aunque estén más lejos, también para los ciudadanos de Europa y América del Norte.

Si pensamos en la cantidad de libros, ensayos, análisis o artículos escritos sobre Chile en las últimas décadas⁴ no cabe sino compararlo con su importancia relativa a escala mundial: un país del tercer mundo, de 757.000 kilómetros cuadrados, arrinconado entre el océano Pacífico y la cordillera de los Andes, con una “*loca geografía*” con aires de “*fin de mundo*”, poblado por más de catorce millones de habitantes.⁵ Sin embargo, sigue suscitando amplio interés en diversos medios, como vestigio de aquellas preocupaciones pasadas. Ni qué decir de esas imágenes fuertemente evocadoras que se asocian con su historia reciente, una suerte de instantáneas con una potente capacidad sugestiva. Que se trate del presidente Salvador Allende, con casco de guerra y la metralleta en la mano defendiendo hasta la muerte el palacio presidencial y la constitucionalidad chilena; o de quien representa la antítesis, el general Augusto Pinochet, en medio de una cohorte de altos oficiales, ceñido en su uniforme de parada, el gesto severo y los ojos ocultos tras oscuras gafas; o quizá, menos pretérito y con las protestas como telón de fondo, el rostro tumefacto de Carmen Quintana enfrentando a sus torturadores.⁶

Cierto. Imágenes imprecisas, sin duda muy impresionistas e inciertas, pero que igualmente golpearon la imaginación, tocando la sensibilidad, movilizandando la energía creadora, despertando la solidaridad de militantes y de la gente corriente. Sin

⁴ Véase la bibliografía al final de esta obra.

⁵ *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*, LOM ediciones, 1998. Primera edición en castellano de *Les mouvements sociaux au Chili, 1973-1993*, L'Harmattan, París, 1995.

⁶ Ver más adelante el capítulo “Las angustias de la transición” y también el libro de André Jacob, *Carmen Quintana Presente*, Mascouche, Quebec, La rose blanche, 1989.

embargo, ahora, ¿hay que rechazarlas de un revés? Y, mirando al pasado, ¿hay que burlarse y, con la mirada escéptica de los noventa, intentar fatalmente desembarazarse de ellas, como si se separara el trigo de la paja, la ciencia de la ideología, lo real científicamente reelaborado de las construcciones que el imaginario ha hecho nacer? ¿Es que ahora debemos negarles todo valor?

Al margen de su relación con la realidad, esas imágenes hablan, quiérase o no, del pueblo que les dio cuerpo; de los dramas vividos y de las esperanzas que crearon; de las voluntades que las forjaron, de su subjetividad y de sus proyectos; de las pasiones de una época. Hablan también de quienes, en todo el mundo, no se quedaron insensibles, redescubriéndose en ellas y proyectándose a su manera.

Si se puede juzgar a un país por la grandeza de sus mitos y de sus héroes, hay que reconocer que la utopía y el imaginario que esas imágenes arrastran no son para nada despreciables. Lo real es aquello posible en la medida que socialmente se le piensa posible, se le desea, se le intenta construir, mitos e imágenes interpuestas. Son elementos que no se deben pasar por alto; al contrario, hay que tomarlos muy en cuenta como apoyo, considerándolos en su real medida, como síntomas reveladores que, puestos en perspectiva, permiten dimensionar el conjunto de la realidad y su complejidad.

Al volver sobre la historia reciente de Chile y avanzar sobre este verdadero trabajo de criptoanálisis al que nos hemos librado, vemos que no deja de precisarse aquello que hemos llamado “situaciones sociales y económicas resueltas” así como “actores políticos ejemplares”. Es como si la formación social chilena tuviera la virtud de revelarnos aquello que, en estos tiempos de neoliberalismo avasallador, aparece más bien difuminado o traslapado. Como si las luchas sociales, las lógicas de la dominación y de la resistencia, todo aquello a lo que no escapan los países del capitalismo dependiente, terminaran por evidenciar su verdadera dimensión. ¡Un verdadero caso de estudio!

Entendámonos. No se trata aquí de forzar el análisis, privilegiando un modelo, un ejemplo a proponer como panacea o

como referencia unívoca. Lejos de nuestras intenciones es tratar de practicar un falso “tercermundismo”⁷ o de ver en los pueblos del Sur un pretexto para lavar malas conciencias⁸ o, a la inversa, un refugio para valores y esperanzas que ya no encontramos entre nosotros.⁹

De ninguna manera. Si Chile nos parece un caso modelo es en un sentido muy diferente: como indicador que aclara tendencias, virajes, movimientos y conflictos que han agitado una sociedad particular y que permiten comprender de mejor manera los dramas, destinos y posibilidades en un país capitalista del “extremo Occidente”,¹⁰ víctima de lógicas implacables y convulsiones del sino económico mundial. En cierto sentido, un país barómetro, no porque sea un país tipo sino más bien porque en él se aprecian con claridad lógicas económicas, mecanismos de dominación y de resistencias; en resumen, situaciones bien definidas y actores ejemplares. Hecho notorio que habría que examinar a la luz de esta otra particularidad chilena: la estrecha correspondencia que hay, en este país dependiente, entre luchas económicas, luchas sociales y luchas políticas.

¿Cómo no ver, por ejemplo, detrás de ciertos personajes con rasgos en cierto modo surrealistas y contrastados, la expresión apenas oculta, apenas contenida, de tensiones sociales exacerbadas, de conflictos sociales explosivos? Pensemos en Allende, presidente marxista y reformista, ¿defendiendo con el arma en la

7 Ver Claude Liauzu, *L'enjeu tiersmondiste*, París, L'Harmattan, 1987, p. 40. “En ese clima, el tercermundismo, aparece como factor de equilibrio entre la abundancia de estructuras y el vacío de hechos trascendentes del Occidente, como el descubrimiento de un sujeto activo, los pueblos, los campesinos, los condenados de la tierra”.

8 Ver Pascal Bruckner, *Le sanglot de l'homme blanc*, París, Seuil, 1983, p. 13. “Cómo la repulsión de sí mismo se ha convertido en dogma central de nuestra cultura, he ahí un enigma del cual la historia de Europa es fecunda”.

9 Ver Jean Ziegler, *La victoria de los vencidos*, Barcelona, Ediciones B, 1989. “El tercer mundo salvará a Occidente, los pobres son el porvenir de los ricos. La sabiduría se ha vestido de harapos”.

10 En referencia al subtítulo de la obra de Alain Rouquié, *América Latina Introducción al Extremo Occidente*, México, Siglo XXI, 1989.

mano! una constitucionalidad chilena, a no dudar burguesa; o bien veamos al sanguinario dictador Pinochet que presidió como un honorable y sonriente patriarca la “transición democrática”.¹¹

¿Cómo no tratar de encontrar el hilo conductor y explicativo de esta sucesión de regímenes tan claramente antagónicos: la Democracia Cristiana (DC) de Eduardo Frei y su “revolución en libertad”; la Unidad Popular (UP) de Salvador Allende y su “socialismo democrático”; la dictadura de la seguridad nacional de Pinochet y su “contrarrevolución capitalista y neoliberal”?

Chile es un modelo porque el trazo de su historia, de sus crisis, de sus rebeliones, de sus metamorfosis, bosquejó mejor que en cualquier otra parte las propuestas históricas de un periodo, sus giros, sus vaivenes, su futuro aún balbuciente, sus posibilidades; una lupa gigante que ha evidenciado las lógicas subterráneas económicas, sociales y políticas en desarrollo en América Latina. Con ello, uno puede comprender la profundidad de las mutaciones de la historia que encontraban en el debate entre capitalismo y socialismo uno de los ejes centrales del periodo sesenta-setenta y que, en la actualidad, parecen haberlo enterrado para remplazarlo por otro, entre democracia y totalitarismo.

Podríamos igualmente comprender mejor los lazos que unen a los países del Sur con los del Norte, interpretar la “dialéctica de la dependencia” y si las relaciones que implica son inevitables,¹² las nuevas divisiones internacionales del trabajo y las resistencias que despiertan y que están en desarrollo, y al mismo tiempo compartir de manera tan desigual y agitada la vida de las y los ciudadanos del planeta.

¹¹ Augusto Pinochet juró como el primer senador vitalicio de la historia de Chile el 11 de marzo de 1998, luego de entregar la comandancia en jefe del Ejército al general Ricardo Izurieta. En agosto del año 2000 fue desaforado luego de una serie de acciones legales en su contra por diversos delitos asociados a violaciones a los derechos humanos. El 4 de julio de 2002 renunció a su senaduría vitalicia, argumentando problemas de salud mental.

¹² Ver Carlos Ominami, *Le tiers-monde et la crise*, París, La Découverte, 1986, p. 161.

De esta manera, Chile —país latinoamericano “promedio”, con importantes capas medias, con prácticas democráticas enraizadas, con ricas tradiciones culturales de tipo europeo— se presta fácilmente al juego de los parecidos y las comparaciones. He ahí su valor pedagógico. ¡No es por nada que en Europa, y especialmente en Francia, se prestó tanta atención a Chile! En Francia, el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC) ¿no se unieron también alrededor de un programa común de gobierno firmado en 1972? Programa que, a pesar de un contexto tan diferente, aparecía a los ojos de muchos como correspondiente a aquel que intentaban construir allá lejos, en Chile, Salvador Allende y su Unidad Popular. No es sorprendente que se haya seguido esta experiencia con tanto interés, con tanta esperanza y, al mismo tiempo, inquietud. No es sorprendente tampoco que se haya tratado de sacar lecciones —a menudo sin mayor rigor—¹³ de sus dificultades y de su fracaso.

De todas maneras, debemos tomar prevenciones frente a los juegos de espejo, a las correspondencias fáciles y brillosas *a fortiori*, como europeos y ciudadanos del Norte. El eurocentrismo y sus avatares, el colonialismo cultural, en fin, nos acechan a cada paso. Régis Debray recordaba que América Latina fue construida en la historia occidental, que es hija de Europa, “tallada en la misma madera”.¹⁴ Es grande la tentación entonces, de no ver en ella más que una Europa caricaturesca, su clon, “su” tercer mundo, con algunos decenios de retraso en relación al desarrollo europeo.¹⁵

¹³ Ver Georges Dupoy, *La chute d'Allende*, París, Robert Laffont, 1983, p. 8. “Desde el 10 de mayo de 1981, las analogías entre el socialismo a la francesa y la experiencia chilena no escaparían a mucha gente”. Dupoy irá incluso más lejos (p. 13): “Sería vano continuar la comparación [...] Chile no es Francia. Santiago no es París. Sin embargo, se trata de dos tentativas de forzar el destino, de desviar el curso de la historia con instrumentos inadecuados, anacrónicos, que hacen muy difícil la tarea”.

¹⁴ Ver Régis Debray, *La critique des armes*, tomo 1, París, Seuil, 1984, p. 46.

¹⁵ Ver Michael Löwy, *Le marxisme en Amérique Latine*, París, Maspéro, 1980, p. 9. “Es sobre todo el europeísmo el que hace estragos en el marxismo latinoamericano. Designamos de esta manera una concepción que se limita a trasplantar mecánicamente a América Latina los

América Latina merece mucho más que eso. Y si elegimos analizar el caso de Chile, de su historia reciente, de los movimientos sociales que ahí se han erigido, de las luchas que ahí se han exacerbado, no es para proyectar sueños o impotencias políticas. Más bien se trata de aprehender una parte muy aclaradora de un todo que es la economía capitalista mundial contemporánea, economía a cuya lógica parece cada vez más difícil escapar. Es fascinante la paradoja “de un mundo contemporáneo de más en más dividido –donde las diferencias sociales se profundizan sin cesar– y que sin embargo está cada vez más unificado”¹⁶ y más interdependiente. En este contexto son apremiantes las preguntas respecto del lugar y el rol de los movimientos sociales, de las luchas de clases “periféricas”, de las estrategias que unos u otras puedan implicar. Más aún cuando, en pleno auge del capitalismo neoliberal omnipresente y de un sistema llamado comunista en plena descomposición, toda referencia al marxismo o al socialismo parece sospechosa.

En su libro *1984*, para tratar de conjurar el totalitarismo, Georges Orwell hacía decir a su héroe Winston que “si había una esperanza, ella estaba en los proletarios”. ¿Podrá tener algún sentido esta fórmula para América Latina y, más particularmente, para el Chile de los años noventa, de la posdictadura? ¿Y qué decir de los movimientos sociopolíticos que en América Latina fueron arrastrados por la estela de la revolución cubana? ¿Qué decir de aquella “hora de los hornos” cuando las estrategias guerrilleras, “foquistas” o leninistas tuvieron un extraordinario desarrollo? ¿Qué decir de su repliegue actual? ¿Qué papel asignar ahora a las diferentes clases sociales, al campesinado, al subproletariado de las ciudades? Numerosas e importantes preguntas que, sin embargo, no es posible situar y relativizar más que reubicándolas en un cuadro más amplio y general.

modelos de desarrollo económico y social de Europa, con su evolución histórica hasta el siglo XIX”.

¹⁶ Claude Liauzu, op. cit., p. 6.

Cualesquiera que sean los conceptos que aquí se utilicen –“economía mundial”,¹⁷ “modernidad mundial”¹⁸ o “el todo desigual y combinado” de la economía capitalista mundial¹⁹– y más allá de los bemoles²⁰ que se hayan aportado, ellos son índice de aquello que está puesto hoy en día, de la occidentalización, de la uniformización, la mercantilización general²¹ del planeta. Y el tercer mundo no escapa a ello. Será necesario tratar de medir, a través del caso de Chile, sus efectos objetivos, de descifrar las reacciones subjetivas y tratar de resituar cada particularidad en el contexto y el movimiento general. Una apuesta a contracorriente, en una época en la cual se prefieren las investigaciones de punta, técnicas, la puntillosidad descomprometida, la experticia y su seudo neutralidad.

Pero, ¿es posible no tomar partido hoy, más aún cuando se trata como objeto de estudio una parte de la vida particularmente agitada de un país del tercer mundo? ¿No habrá de manera oculta una toma de posición (consciente o inconsciente)

17 Aquella que define Fernand Braudel y que retoma Immanuel Wallerstein en *Le capitalisme historique*, París, La Découverte, 1985, p. 119.

18 Ver el artículo de Jean Chesneaux “*Modernité-monde*” en *Les Temps Modernes*, junio de 1988, p. 64. “Nuestra modernidad es, de partida, un modelo hegemónico y universal de la vida cotidiana que se inscribe en la realidad concreta y que se proyecta al mismo tiempo en el universo mental de todo el planeta, imponiéndosele imperiosamente”.

19 Ver Ernest Mandel, *Le troisième âge du capitalisme*, tomo I, París, UGE, 1972, pp. 10-18.

20 Ver el artículo de Alain Lipietz, “*L’impérialisme ou la bête de l’apocalypse*” en *Les Temps Modernes*, n.º 447, octubre de 1983, p. 729. “Muy a menudo, frente al optimismo (o cinismo) del pensamiento liberal, nos ha sucedido, y nos sucederá, que presentemos la historia concreta como el desarrollo implacable de algún concepto como el de imperialismo, y practicar lo que Bourdieu (1980) llama *el funcionalismo de lo peor*: si el mundo está hecho así es porque fue construido ‘en interés de los poderosos’ o conforme a las exigencias del sistema”.

21 Ver Immanuel Wallerstein, op. cit., p.16. “Es por esto que se puede decir que el desarrollo histórico del capitalismo ha implicado un movimiento irreprimible de transformación de todo en mercancía, una verdadera mercantilización del mundo”.

en buena parte de quienes hoy profesan la llamada independencia, la no militancia?

Jean Chesneaux²² recordaba que en los últimos años se ha producido entre los intelectuales tradicionales del Norte una especie de sutil mutación que correspondería a lo que se llama la “demanda social de la modernidad”, lo que les llevaría a volverse sin ambages “hacia el mundo de los patrones y de la tecnocracia”; esto es, a comprometer más profundamente aun sus competencias “al servicio del desarrollo y de la gestión social”. Es una constatación que confirma muy bien ese visible reubicarse de los intelectuales quienes, en su gran mayoría, parecen haberse deslizado desde sus posiciones políticas de centro izquierda a posiciones de centro derecha, y esto sin hablar del fenómeno de los “arrepentidos” que no dudan en renegar hoy, sin matices, de sus compromisos militantes de ayer.

¿Cómo es posible contentarse –no importa cuál sea la finura o el *new look* de la arquitectura conceptual– con aullar junto a los lobos y seguirles la corriente, reproduciendo y defendiendo servilmente esta lógica? ¿Cómo lograr dar cuenta de la realidad social, no a partir de las lógicas imperantes del sistema y de las clases que sacan provecho directamente de él, sino a partir de aquellos y aquellas que sufren sus efectos nocivos y dolorosos y que se resisten a acomodarse? Tomemos partido, entonces, para no estar de manera alguna al servicio de las lógicas de la dominación y de sus *a priori* teóricos, como garantía epistemológica, para tomar distancia y ver mejor, demarcándonos de los presupuestos implícitos que atraviesan numerosos esbozos teóricos de las ciencias sociales contemporáneas. No como condición suficiente²³ sino, más bien, como posibilidad de acceso al rigor, a una visión suficientemente exhaustiva y científica.

²² Jean Chesneaux, *De la modernité*, París, La Découverte, 1983, pp. 130-138.

²³ Michael Löwy, *Paysages de la vérité*, París, Anthropos, 1985. Suscribimos totalmente su crítica al pseudoobjetivismo de las ciencias sociales. Ver también a Pierre Bourdieu a quien Löwy cita en *Questions de sociologie*, París, Éditions de Minuit, 1980, p. 22. “El sociólogo está mejor preparado para descubrir lo oculto en la medida que está mejor armado científicamente, que utiliza mejor el capital conceptual, los métodos, las técnicas

Las teorías sociológicas aplicadas al tercer mundo, las teorías del desarrollo y del subdesarrollo como aquellas de los movimientos sociales periféricos están relacionadas con la ideología, las estrategias políticas y, detrás de ellas, los intereses apenas velados de aquello que Susan George llama *consortium*;²⁴ un *consortium* que, por la vía no de una grosera conspiración sino de un conjunto de intereses comunes, busca perpetuar y reproducir un cierto orden económico. Un orden que continúa siendo más frágil, más criticable, más escandaloso precisamente en los países de la periferia. Un orden, o mejor dicho un “desorden establecido” que continúa hasta hacer nacer y mantener, en estos últimos años, la violencia. Los motines de Caracas (febrero de 1989), los de Buenos Aires (junio de 1989), igual que los espasmos endémicos de violencia en Perú están ahí para recordarlo.

Esta violencia de apariencia desesperada, sin salida y desordenada, esta violencia a menudo “apolítica” que actualmente parece girar en banda, ¿no debería justamente hacer inteligible el sistema, volver a darle su justa medida, darle su justa perspectiva?

Hace alrededor de treinta años, Frantz Fanon cantaba las virtudes de la descolonización y el poder catártico y liberador de la violencia; mientras maldecía a la vieja Europa “que no para de hablar del hombre mientras le masaca donde le encuentra”,²⁵ llamaba con lirismo a los condenados de la tierra a sublevarse. “La hora de las balas populares ha llegado”, escribía, “la descolonización no pasa jamás desapercibida [...], transforma a actores destruidos y vacíos en actores privilegiados, arrebatados de manera grandiosa por el rayo luminoso de la historia”.

acumuladas por sus predecesores, Marx, Durkheim, Weber y muchos otros, y que es de más en más ‘crítico’, en la medida que la intención consciente o inconsciente que le anima es más subversiva, que él tiene interés en develar aquello censurado, rechazado en el mundo social”.

²⁴ Susan George, *Jusqu'au cou*, París, La Découverte, 1988, p. 62, y su definición del conjunto de quienes ella juzga responsables de la deuda de los países del tercer mundo: una asociación de Estados y de compañías (a menudo bancos), organismos internacionales e instituciones *ad hoc*.

²⁵ Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, Maspero, 1981, p. 34.

¿Treinta años más tarde, no ha llegado la hora –más allá de las numerosas falsas querellas mediáticas– de detenerse a hacer el balance, de hurgar allí donde el aparejo ha dejado su herida?

En Chile, el golpe de Estado de 1973 tuvo el efecto de un verdadero traumatismo social cuyas innumerables consecuencias aún no se terminan de medir. Lo cierto es que con esta fractura se quebró definitivamente una dinámica social nueva, subversiva que, cuando no fue magnificada nostálgicamente por unos, fue a menudo minimizada, olvidada, rechazada por otros. Las esperanzas, los sueños, las estrategias de los vencidos no forman parte, generalmente, de la gran historia, y menos de la sociología oficial. Ahora, ¿no sería útil tratar de hacer memoria? Aunque no sea más que para recordar que el presente no es para nada eterno, sino el resultado de luchas, de relaciones de fuerza cambiantes y en desarrollo. En la hora en que “Camus, el médico de campaña, parece haber tomado el lugar de Malraux, el joven combatiente revolucionario”,²⁶ ¿no convendría mostrar que es posible –retomando las armas de la crítica y sacando las lecciones de la historia, de sus vueltas y de sus trampas– comprender mejor el mundo, y darse así los medios para modificarlo?

Si la historia sigue siendo indispensable para quien quiera saber de qué se ha tejido el presente, si por otro lado nuestro mundo contemporáneo no puede comprenderse sino por los lazos jerarquizados y desiguales de la interdependencia a través de los cuales se ha construido este recorrido por el Chile de la dictadura, así como este fresco de los movimientos sociales y de las luchas que allí se desarrollaron podrán quizás ayudarnos a comprender lo que se juega hoy en día.

2. Comprender a Chile

Dar cuenta de manera rigurosa de los conflictos, así como de los movimientos sociales que pudieron agitar a un país como Chile, requiere cumplir con ciertas exigencias, lo que nos ha parecido imposible de asumir sin volver de manera central al pasado y sin

²⁶ Jean-Yves Carfatan y Charles Condamines, *Qui a peur du Tiers-monde?*, París, La Découverte, 1986, p. 203.

tratar de comprender los grandes momentos estructurantes. Es lo que explica el itinerario que seguimos así como el recorrido obligado por la historia que hemos creído necesario realizar.

Adeptos del método sociohistórico,²⁷ buscamos comprender la sociedad chilena como una totalidad en movimiento, un proceso de estructuración y desestructuración, en suma, como una estructura efímera atravesada por el devenir.

Esta aproximación, que no hace concesión alguna a ciertas modas intelectuales en boga, tiene el mérito de evitar las oscilaciones y los cambios de rumbo a los cuales han estado sometidos en los últimos años los grandes paradigmas teóricos contemporáneos.²⁸ Incluso, situándose en su punto de encuentro, en el centro de sus ángulos muertos respectivos, permite combinar de manera adecuada las lógicas estructurales de la sincronía con aquellas históricas de la diacronía, sin privilegiar indebidamente las unas a expensas de las otras. Al mismo tiempo, ella abre la posibilidad de apreciar la sociedad como un todo en cuyo seno las esferas de lo económico, lo social y lo político se combinan dialécticamente; hace operacional el concepto globalizante de formación social y ofrece los medios de escapar al reduccionismo y al economicismo del marxismo vulgar, permitiéndole verdaderamente un lugar a la subjetividad social.

²⁷ Ver el artículo de Lucien Goldman, “Épistémologie de la sociologie”, en *Logique et connaissance scientifique* (bajo la dirección de Jean Piaget), París, Encyclopédie de la Pléiade, Gallimard, 1967, p. 993.

²⁸ Ver, entre otros, el artículo de Marcel Gauchet, “Changement de paradigme en sciences sociales?”, *Le Débat*, mayo-junio de 1988, pp. 165-166. Gauchet recuerda cómo, a finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, existía en el campo de las ciencias sociales un paradigma teórico dominante, el paradigma crítico. Paradigma en cuyo seno se encontraba una disciplina modelo, la lingüística; dos disciplinas reinas, la sociología y la etnología, así como dos teorías de referencia, el marxismo y el psicoanálisis. Y es a partir de los años ochenta que se habría producido el cambio radical de paradigma, afectando al conjunto de los contenidos, de la reflexión y de las disciplinas. Esta vez sí que la historia tomaría el lugar central (a expensas de la sociología y la etnología), y globalmente este nuevo paradigma podría ser caracterizado por una “rehabilitación de la parte explícita y reflexiva de la acción”.

Esta aproximación tiene además otra importante ventaja: permitir que aparezca más netamente la especificidad de las formaciones sociales del tercer mundo, y esto evidenciando el carácter dependiente de su economía, destacando el carácter heterogéneo de su tejido social, así como lo relativamente inestable de su organización política.

Por último, ella permite hacerse una idea más justa de las conquistas y los límites de la “escuela de la dependencia” –tan famosa en su tiempo y hoy tan olvidada– la que, habiendo puesto el acento con bastante justeza sobre el papel decisivo de los determinantes externos no siempre supo combinarlo con el peso de los factores internos.

Es lo que explica, además, nuestro proyecto de fondo: dar cuenta de la dinámica social que atravesó el Chile de los últimos veinte años, con la ayuda de dos parámetros decisivos, la dependencia externa y los conflictos sociales internos. En estos años noventa es una aproximación relativamente original, en la medida que la mayoría de los sociólogos que se han interesado en el Chile de hoy han tenido la tendencia a minimizar estos factores y a explicar la estructuración del país a partir de otros elementos.

Sabemos que, en el caso de Chile, existe actualmente una especie de amplio consenso alrededor de la idea de que “la formación temprana de un sistema político-institucional y el papel de mediación del Estado frente a la explotación del recurso exportador, los minerales de salitre y cobre, explican los rasgos distintivos de la formación social chilena”.²⁹ Pero, si bien esta

²⁹ Cecilia Casassus-Montero y Francisco Zapata, *Clases sociales y acción obrera* (Francisco Zapata, comp.), México, Jornadas 110-El Colegio de México, 1986, p. 9. He aquí una tesis que encontramos hoy en día en la mayoría y los más conocidos sociólogos e investigadores chilenos en ciencias sociales; ver a Manuel Antonio Garretón y su “Estado de compromiso” (*El proceso político chileno*, Santiago, Flacso, 1983) o el “acuerdo democrático chileno” que, según Eugenio Tironi, “en 40 años (1930-1970) dio prueba de una excepcional firmeza en América Latina”. Ver su obra *Pinochet, la dictature néo-libérale*, París, Cetrul, L’Harmattan, 1987, p. 7.

afirmación puede parecer muy justa, a menudo ha inducido a lecturas parciales de la historia de la sociedad chilena, por lo estática y demasiado autorreferente, lo que lleva a una discutible interpretación en la medida que, al querer reducir la originalidad de Chile a ese solo conjunto de elementos, se ha ignorado o subestimado el papel de otros factores determinantes.

De esta manera hemos llegado a concluir que hay un concepto clave que, a nuestro entender, puede hacer verdaderamente inteligible la historia de la formación social chilena. Se trata de la noción de dependencia, una dependencia que Chile ha mantenido y aún mantiene respecto de los grandes centros o metrópolis de la economía mundial. Es verdad que falta considerar los matices necesarios, concretizar esta noción de dependencia y no contentarse con concebirla de manera muy rígida o estructural, atrincherándose en una mirada macroeconómica inmutable. Porque, si se puede resumir la historia de Chile en tres grandes periodos,³⁰ es indispensable indicar con precisión las formas particulares que asumió en el curso de cada uno de esos grandes periodos así como el tipo de tránsito que permitió su sucesión.³¹

Como los otros países de América Latina, Chile conoció una historia y un desarrollo marcados a fuego por la dependencia, pero los conoció de manera única y original y según un ritmo

³⁰ Primero, el de la colonia española (desde el s.xvi hasta comienzos del s.xix), luego aquellos de semicolonias inglesa y norteamericana en los siglos xix y xx (luego de un corto e indeciso periodo de independencia relativa entre 1810 y 1890). Al respecto, ver los análisis de Luis Vitale en *Interpretación marxista de la historia de Chile*, tomos 1, 2 y 3, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1967. Vitale distingue la colonia de la semicolonias por el hecho de que la segunda se reducía a la dependencia económica frente a una potencia económica determinada, en cambio la primera conjuga dependencia económica y política.

³¹ Ciro F. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli recuerdan aquello que debería tenerse en cuenta cuando se quiere describir las formas particulares que ha adoptado la dependencia. "Cuál fue la potencia colonizadora; cuál es el grado de vinculación con el mercado que ella controla; cuál es el tipo de producción privilegiada; cuál fue el tipo de mano de obra y el carácter de la colonización inducida" (*Historia económica de América Latina*, tomo 1, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 164 y ss.).

propio, en función de las características internas específicas que lo han definido poco a poco.

Por ejemplo, el hecho de que entre las dos últimas guerras mundiales, en el momento en que precisamente sus lazos de dependencia de las grandes potencias económicas comenzaban a distenderse, Chile haya podido desarrollar una sustancial industria de sustitución de las importaciones, al mismo tiempo que se dotaba a nivel político de esta estructura –tan original para América Latina– que fueron los frentes populares; que al término de la guerra de 1940-1945, en un proceso inverso, haya tenido que plegarse poco a poco a los dictados económicos, políticos y militares de Estados Unidos, convertidos en la primera potencia mundial; he aquí que esto nada tiene de anodino y debería darle un contenido muy concreto a esta noción de dependencia, haciendo posible, al mismo tiempo, una explicación comprensible y matizada del desarrollo y porvenir chilenos.

La noción de dependencia es por lo tanto decisiva, la verdadera clave del análisis. Aunque no valdría nada en sí misma, sino se la combinara con otra noción igualmente indispensable, aquella de la lucha de clases y de los conflictos sociales internos.

Más allá de los compromisos y de las alianzas que se produjeron en el seno de la sociedad chilena, hubo igualmente, como su reverso preciso, incesantes conflictos entre clases y fracciones de clases, duros enfrentamientos entre grupos dominantes y masas populares dominadas, infinitas y siempre renacientes resistencias a la formación de lo que vendría a constituirse hoy en día en el Estado chileno. Hubo una serie de luchas cuyos protagonistas centrales fueron las clases dominadas, “los de abajo”, el pueblo plebeyo, su verdadero actor fundamental. Un actor a menudo olvidado por la historiografía oficial y, sin embargo, su protagonista capital. Porque, más allá de las alianzas entre clases y fracciones de clases, fue a través de los gestos y los hechos, las estrategias, la resistencia o, al contrario, el aplastamiento de los actores populares, que se fue construyendo la sociedad chilena contemporánea.

Y, si se quiere comprender en profundidad el movimiento que se desarrolla en ella, así como las contradicciones que le corroen y le han dado el rostro que hoy vemos, es necesario reasignar a sus actores el lugar que merecen. Aunque no sea más que para recuperar una función explicativa a la acción subjetiva, a las luchas que ella implica, aunque no sea más que para demostrar que no hay salidas fatales, que a cada momento aparecen alternativas en forma de encrucijadas a partir de las cuales se definen nuevas opciones, nuevas posibilidades. ¿No es así como se puede comprender mejor la importancia de las opciones y las decisiones que los actores colectivos se han visto obligados a tomar al calor de la historia?

De esta manera, en un análisis comprensivo, la apuesta que hacemos con este libro es intentar la combinación dialéctica de los parámetros de la dependencia y de los conflictos sociales. Intentar un instrumento para medir con justicia y con justeza lo que ha sido Chile en estos veinte años clave.